

«Necesito un máster»

DURANTE años, las familias destinan ingentes esfuerzos a la educación universitaria de sus hijos. Cuando éstos acaban sus carreras, los padres creen llegado el momento de contar con un nuevo profesional activo en la familia y de librarse ya de gastos derivados de matrículas, libros... Sin embargo, hasta esos mismos vástagos que se caracterizaron por una declarada y pertinaz reticencia hacia el esfuerzo intelectual, los sorprenden con una nueva demanda que implica volver a estudiar: «**Necesito un máster**». Y fundamentan esta necesidad en razones que bien merecen nuestra atención: nuevos parámetros de competitividad en el mercado laboral, carencia de formación práctica, y la razón que determina casi siempre el asentimiento de los progenitores, la posibilidad de encontrar el mejor trabajo. Cabe preguntarse cuál o cuáles son los motivos que llevan a licenciados de prácticamente todas las disciplinas a incorporarse a un **máster**, en qué medida este imperativo se relaciona con la situación del mercado laboral y con el estado de la educación, y qué pueden aportar estos cursos a la formación de nuestros profesionales.

La moda de los **másters** es un hecho; sin embargo ya se dejan oír voces críticas respecto de su valor y se percibe la progresiva desconfianza hacia estos cursos de posgrado. Los flamantes títulos de **máster** no parecen deslumbrar ahora a los empresarios que buscan un profesional eficaz para sus empresas. Tal vez las razones de necesidad aducidas por los licenciados recién salidos de sus carreras obedezca más a las falsas expectativas despertadas por un efectivo aparato promocional que a fundadas razones de perfeccionamiento profesional. Aunque se carece de una normativa general que regule este sistema formativo y más aún de un estudio completo del volumen de negocio que mueve, la oferta y la demanda parecen crecer incluso en tiempos de crisis: en 1993 los más de 800 **másters** programados superan en 200 a los de 1992. No hay acuerdo en torno al número de horas que

debe contener un **máster** —500 según el Convenio Interuniversitario de Reconocimiento de Títulos y Enseñanzas Propias firmado en 1988 bajo el auspicio de la Secretaría de Universidades; de 400 a 800 según los centros privados—; tampoco se puede ofrecer una definición clara de sus alcances, pero la oferta es tan amplia y tan variada que el primer problema que se presenta a quien siente la «necesidad de un **máster**» es el de la selección del curso a seguir.

Diversidad de disciplinas y de instituciones, de contenidos y de métodos, de calidad y de precios. Hay **másters** para todos los gustos y la gama de especialidades recorre todas las materias imaginables; pero todos proclaman la especialización de sus contenidos y se destaca en guías y programas, así como en la profusa publicidad en los medios, el objetivo de una formación esencialmente práctica. Los **másters** más antiguos y de mayor demanda son los del área empresarial: Master in Business Administration, de gestión, administración o dirección de empresas, de marketing, de asesoría fiscal y financiera, de publicidad, de dirección y planificación empresarial, de relaciones públicas de empresa... Licenciados con y sin experiencia laboral se inscriben en estos cursos —previo pago de cantidades que oscilan entre uno y cuatro millones de pesetas— soñando tal vez con que, al cabo de los ocho y hasta 21 meses de duración del curso, su nombre aparezca junto al rótulo de «director» de una gran empresa, a ser posible, multinacional.

SI bien inicialmente los **másters** fueron impartidos de forma exclusiva por centros privados, desde hace unos años la oferta se ha incrementado con los dictados por las universidades nacionales: el sector público representa el 64 por 100 de la oferta global, frente al 36 por 100 del privado. Una rápida lectura de las guías universitarias demuestra que prácticamente no hay facultad de la geografía española que no ostente uno o más **másters** relacionados con los contenidos específicos de cada carrera, siempre con la misma tendencia a la especialización y a la formación práctica: gerontología, psicología aplicada, logopedia, biología nuclear, práctica de derecho, práctica fiscal, economía de la educación y del

trabajo... La variedad es infinita, incluso es posible seguir un **máster** a distancia. Aunque se pretende que los **másters** universitarios no compitan con los cursos de doctorado, la realidad es que ante las dos alternativas, los licenciados suelen escoger la primera.

CONTRASTANDO estos datos con las razones de necesidad aducidas por los universitarios recién salidos de sus carreras, parece evidente que en la proliferación del **máster** inciden varios factores, cada uno de los cuales abre nuevos interrogantes:

—**Las nuevas exigencias de un mercado laboral que busca la eficacia empresarial en términos económicos, pragmáticos y con proyección internacional.** En tal sentido, resulta sintomático que el nacimiento de los primeros centros privados especializados en los cursos de **másters** empresariales coincidiera con el proceso de crecimiento económico que se inició en España a mediados de los 80; que dichos centros se multiplicaran con la incorporación a la Comunidad Económica Europea y la penetración de capital extranjero subsiguiente; y que los cursos más solicitados sean los MBA y todos los relacionados con la dirección empresarial. Es llamativa también al respecto la fuerte demanda de los cursos que incluyen etapas de formación en centros y universidades extranjeras y el perfeccionamiento del uso de las lenguas comunitarias. Ahora bien, ¿hasta qué punto estos cursos satisfacen las expectativas de aprendizaje eficaz?, ¿en qué medida incide el **máster** en el proceso de selección de personal?

—**La imposibilidad de respuesta a estas nuevas exigencias de las carreras tradicionales de formación reglada.** La insistencia en el aspecto de formación práctica del **máster**, la especialización de sus contenidos, y la complementariedad práctica de éstos respecto de las carreras tradicionales parecen dirigidas a responder a una demanda sentida por licenciados de todas las carreras tradicionales. La orientación de los cursos que imparten las propias universidades revelan casi siempre el propósito de paliar la escasa o nula práctica de sus licenciados. Es evidente que la necesidad de práctica es

sinceramente sentida, una realidad indudable; pero... ¿pueden proporcionarla los profesores universitarios que imparten los másters, acostumbrados a las clases magistrales, a la formación libresca, dentro del estrecho régimen de las incompatibilidades, en la endogamia del sistema? ¿No reside en esta circunstancia el descrédito de muchos másters y la desilusión de los alumnos que sienten que sólo han prolongado en estos cursos sus clases universitarias?

—La masificación de licenciados que se gradúan en nuestras universidades y que no pueden ser absorbidos en su totalidad por el mercado. Según la estimación del porcentaje de ocupación de los titulados activos realizada en 1991 por el INEM —estimación demasiado optimista si la comparamos con la ofrecida por otras fuentes—, salvo en el caso de las ingenierías que superan con creces el 95 por 100 de ocupación de sus egresados, en las restantes carreras existe una tasa de paro que oscila entre el 5 por 100 de Económicas y Derecho y el 30 por 100 de Profesorado de EGB. En este panorama, el **máster** promete la formación práctica que demanda el mercado y la diferencia entre seguir engrosando la lista de parados o incorporarse al mundo laboral. Los **másters** empresariales —la oferta más amplia— se dirigen especialmente a los licenciados de aquellas carreras que cuentan con un mayor número de alumnos y que se transforman en canteras de parados: Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales, con 303.206 alumnos según el censo de 1990-91, de los cuales unos 15.286 quedaron en la lista de demandantes de empleo en septiembre del 91; Humanidades, con 172.194 alumnos y 29.224 parados. Los escasos 2.089 ingenieros sin empleo no sugieren la necesidad del **máster**; y, por el contrario, resulta significativo el incremento paulatino de estos cursos de posgraduados, sobre todo en universidades públicas, en el campo de las Ciencias de la Salud, que ya aportan 14.376 desempleados.

—La restricción de la oferta pública de empleo —más intensa en los últimos años—, que limita aún más las posibilidades de incorporación al mundo laboral y obliga a la búsqueda de nuevos caminos en la esperanza de lograr el ansiado empleo. El **máster** viene a constituirse en

*un sucedáneo de las tradicionales oposiciones, que pueden obligar también a un año o más de estudio y suponen igualmente gastos en material bibliográfico, de cursos en academias especializadas, en profesores particulares. El licenciado en Derecho que considera poco probable acceder al cuerpo de magistrados públicos, comprende el valor del neologismo «reciclaje» en las actuales circunstancias, y decide emprender el camino del **máster** que lo lleve a dirigir una empresa, una compañía de seguros... Igualmente el médico que durante años ha esperado en vano la convocatoria de oposiciones del Insalud se inscribe en el **máster** de gerontología o de administración hospitalaria, aunque su vocación de siempre sea la pediatría.*

*—La prolongación de la etapa formativa que caracteriza a nuestras sociedades occidentales. Frente a las sociedades denominadas «primitivas», en las que el niño pasa —sin más dilaciones que las del rito correspondiente— a la vida adulta, con sus responsabilidades y deberes, la sociedad consumista inventa y prolonga el estado de «adolescencia», de carencia. La carencia demanda protección, amparo, cada vez por más tiempo; y la protección deriva en la necesidad de dilatar la formación para la vida. ¿No podríamos sospechar quizás que tras la necesidad de un **máster** pueda agazaparse sencillamente el deseo juvenil de prolongación de la adolescencia? La complacencia en la que viven muchos jóvenes hasta los treinta años al abrigo del techo paterno, sin otra obligación que la de asistir a las clases del **máster**, nos lleva a confirmar en algún caso nuestra sospecha.*

EN conclusión, y a la luz del análisis de estos factores, podemos comprender la necesidad que nos transmiten nuestros hijos licenciados. Los centros privados —e incluso los públicos— lo saben; y de ahí que, no a pesar sino en gran medida por la crisis, la oferta continúe creciendo. El fantasma del desempleo planea sobre la decisión de incorporarse a un **máster**. Las limitaciones del mercado laboral son un incentivo poderoso; y por tal razón, en la publicidad —a veces engañosa— se garantiza al alumno la incorporación inmediata al trabajo de sus sueños. El **máster**

es sin duda un negocio que reporta pingües beneficios a sus organizadores; pero no siempre este beneficio se corresponde con el de los alumnos. Las diferencias de calidad de los cursos indican la urgencia de una regulación explícita que garantice unos mínimos imprescindibles en cuanto a duración, a métodos, a contenidos y a resultados; y que disuada a los falsos expertos, a los incompetentes y a los mendaces.

A la formación reglada habría que pedirle que dotara a sus alumnos de los conocimientos, de las prácticas y de las técnicas necesarias para su incorporación inmediata —sin necesidad perentoria de máster— al mundo del trabajo. En otras palabras: que cumpla con su papel formativo de manera eficaz y que no se apele a la instancia parauniversitaria como recurso aleatorio y paliativo de los males internos. Y a los responsables educativos, que tuvieran en cuenta otras estrategias para cumplir efectivamente con sus cometidos de formación completa: por ejemplo, estimular el desarrollo de carreras de ciclo corto claramente deficitarias en opciones y de manifiesta necesidad en el mercado; ofrecer, en fin, alternativas útiles a la licenciatura y a las carreras que precisan de máster para ser de alguna utilidad. Es penoso que el esfuerzo de padres y alumnos resulte finalmente baldío.

Lazos por la paz

EL último secuestro de ETA ha tenido como efecto la contundente respuesta —cívica, pero contundente— de toda la sociedad civil española:

- Frente a extorsionadores lazos verdes, lazo azul.
- Ante la amenaza y la extorsión, sonora manifestación septembrina por las calles de San Sebastián y periódicas manifestaciones de los trabajadores de la empresa en que trabaja el secuestrado Julio Iglesias Zamora.
- Ante el a veces prolongado silencio de la sociedad vasca, manifestaciones de toda índole condenando el secuestro y los métodos de la organización terrorista.